



FEDERACIÓN
LUTERANA
MUNDIAL



LIBRES
POR
LA **GRACIA**
DE DIOS

2017 - 500 AÑOS DE REFORMA

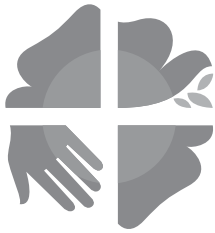




LIBRES
POR
LA GRACIA
DE DIOS



FEDERACIÓN
LUTERANA
MUNDIAL



FEDERACIÓN
LUTERANA
MUNDIAL

Las opiniones expresadas en esta publicación no reflejan la posición oficial de la Federación Luterana Mundial, sino la de cada autor o autora.

LIBRES POR LA GRACIA DE DIOS

**EDITADO POR
ANNE BURGHARDT**



EVANGELISCHE VERLAGSANSTALT
Leipzig

Información bibliográfica publicada por la Biblioteca Nacional Alemana

La Deutsche Nationalbibliothek incluye este trabajo en la Deutsche Nationalbibliografie. La bibliografía completa está disponible en internet: <http://dnd.dnd.de>

2016 © La Federación Luterana Mundial

Impreso en Alemania

Este trabajo está protegido por los derechos de autor.

Sin autorización escrita del editor, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra.

Este trabajo fue impreso en papel certificado FSC

Asistencia editorial: Departamento de Teología y Testimonio Público

Diseño gráfico: Departamento de Teología y Testimonio Público

Diseño: FLM - Oficina de Comunicaciones

Impresión y Encuadernación: druckhaus köthen GmbH & Co. KG

Publicado por la Evangelische Verlagsanstalt GmbH, Leipzig, Alemania, con el auspicio de

La Federación Luterana Mundial

150, Route de Ferney, CP 2100

CH-1211 Ginebra 2, Suiza

ISBN 978-3-374-04279-1

También editado en alemán, francés e inglés

ÍNDICE

Prólogo.....	5
<i>Martin Junge</i>	
Introducción	7
<i>Anne Burghardt</i>	
Libres por la Gracia de Dios. ¿De Qué y Para Qué?.....	13
<i>Gottfried Brakemeier</i>	
La iglesia y el espacio público. Una interpretación luterana	27
<i>Kjell Nordstokke</i>	
La Palabra liberadora de Dios. Reflexiones sobre la comprensión luterana de la Sagrada Escritura.....	41
<i>Hans-Peter Grosshans</i>	
Aplicando la justicia de género: Una perspectiva asiática	57
<i>Au Sze Ngui</i>	
La educación y la Reforma	67
<i>Elżbieta Byrtek</i>	
Libres por el amor de Dios para cambiar el mundo: Una perspectiva de la juventud....	77
<i>Monica M. Villarreal</i>	
Libres por la Gracia de Dios: Gracia y Paz - Una perspectiva anglicana.....	83
<i>Timothy J. Harris</i>	
Estudio bíblico: Isaías 55:1-2	95
<i>Zephania Kameeta</i>	
Lista de colaboradores	103

PRÓLOGO

Martin Junge

El año 2017 marca el 500 aniversario de la Reforma. Las iglesias de tradición luterana toman la fecha del 31 de octubre de 1517 como el inicio de la Reforma. Ese día, Martín Lutero clavó sus Noventa y Cinco Tesis sobre la puerta de la Iglesia de Todos los Santos en Wittenberg. En ellas expresaba su oposición a la venta de indulgencias por considerarlo un abuso del clero. Desde ese momento, la Reforma ha tenido una trayectoria impactante. Actualmente existen iglesias luteranas en cada rincón del planeta, con un número creciente de personas de confesión luterana en el hemisferio sur. La Federación Luterana Mundial es una comunión de 144 iglesias, que representa a más de 70 millones de personas luteranas en setenta y un países.

Es imposible hablar de «una» identidad luterana, dada las diferentes experiencias formativas, sociales y de contextos culturales de estas iglesias. Para algunas de estas iglesias, el año 1517 no tiene una relevancia especial, ya que asocian diferentes fechas al inicio de la Reforma. Por ejemplo, para algunas de las iglesias miembros de la FLM, la introducción del cristianismo en sus contextos locales representa una fecha clave que es recordada y entendida como constitutiva de su identidad. Sin embargo, la celebración de este quinto centenario hace posible que todas las iglesias luteranas reflexionen sobre la evolución de los cuestionamientos que desencadenaron la Reforma y perciban su impacto en la sociedad.

Esta colección de cuatro cuadernillos temáticos aspira a contribuir a esa revisión profunda. La discusión se centra en el tema general de la celebración del quinto centenario y de la Duodécima Asamblea «Libres por la Gracia de Dios», con los tres subtemas que ayudan a desarrollar distintos aspectos del tema central: «La salvación—no se vende», «Los seres humanos—no se venden» y «La Creación—no se vende». Estas publicaciones incluyen ensayos escritos por obispos y obispas, pastores y pastoras, catedráticos

y catedráticas, miembros del Consejo de la FLM, representantes de las diferentes ramas de la FLM y compañeros ecuménicos de todas las regiones de la FLM. La gran variedad de autores y temas da al lector una idea del alcance de esta comunión y de algunos aspectos del trabajo programático de la FLM. Las tres preguntas que se plantean al final de cada ensayo tienen como objeto animar discusiones y reflexiones posteriores a la lectura.

Es de esperar que estos cuadernillos sean utilizados entre las iglesias para generar discusiones bilaterales y diálogos relacionados con el mensaje y el rol de las iglesias en diferentes contextos. Además, esperamos que den un impulso significativo a nuestras deliberaciones mientras nos preparamos para la Duodécima Asamblea, que se llevará a cabo en el año 2017 en Windhoek, Namibia.

Por último, pero no menos importante, quisiera expresar mi agradecimiento a todas las personas que contribuyeron para que la redacción de esta publicación sea inclusiva y tenga un alcance significativo. Quisiera alentar a todas las personas que lean este trabajo a que lo estudien con cuidado y espero que las guíe hacia intercambios profundos en relación con su contenido.

INTRODUCCIÓN

Anne Burghardt

«Libres por la Gracia de Dios»—tema central elegido por la Federación Luterana Mundial para la celebración del 500 Aniversario de la Reforma—está estrechamente vinculado con la doctrina de la justificación por la fe, que en la tradición luterana también se denomina «la doctrina por la que la iglesia se sostiene o cae» (*articulus stantis et cadentis ecclesiae*). La esencia de esta doctrina, que la Gracia de Dios nos es dada de forma libre e incondicional, nos convoca a tener una respuesta de agradecimiento expresada en un compromiso de amor y cuidado hacia los seres humanos y toda la creación. Este reconocimiento está tan vigente hoy como en los tiempos de Lutero y sigue impactando en todos los aspectos de la teología. Los contenidos de este trabajo exploran desde diferentes perspectivas el interés actual y la influencia de la Reforma.

En su artículo *Libres por la Gracia de Dios. ¿De qué y para qué?*, Gottfried Brakemeier sostiene que en el mundo de hoy el concepto de Gracia/misericordia, se está volviendo cada vez más extraño. Un mundo sin Gracia terminaría siendo inhumano. Una teología centrada en la justificación por la fe se basa en el concepto de Gracia, dado que según la Biblia, Dios promete a través de ella, Su aceptación incondicional de los seres humanos. Nuestra demostración de amor es la respuesta al gran amor de Dios por nosotros y nosotras; no un intento de «ganar» el amor de Dios a través de buenas acciones. Brakemeier se refiere a dos frases escritas por Lutero en el libro «*La libertad cristiana, 1520*», que dicen, «Un cristiano es el amo de todos y sujeto de nadie» y « El cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie»¹ y nos muestra la estrecha relación entre ellas.

¹ Obras de Martín Lutero. Tomo I. “La Libertad Cristiana” 1520 Editorial Paidós. Buenos Aires. 1967.

«El cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie.»² Esa es la primera frase de Lutero. Quien tiene a Dios como Señor no puede servir a otros dioses (cf. Mt 6:24). Servir a Dios nos libera de servir a la raza humana. Todas las presiones desaparecen cuando tenemos nuestra fe puesta en la Gracia de Dios. Sin embargo, esta libertad puede ser malentendida como arbitraria. Por lo que Lutero agrega: « El cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos.»³ Esa es su segunda frase. Ambas se corresponden. La libertad se autodestruye si no asume sus responsabilidades. Pero sobre todo, es el amor que se traiciona. Es esencialmente «servir al prójimo». La fe también se vuelve falsa sin la diaconía, porque no hay fe «cristiana» que no tome acción en el amor (Gal 5:6).⁴

El redescubrimiento que Lutero hace del mensaje liberador a través de su estudio significativo de las Sagradas Escrituras fue el eje de la Reforma. Este mensaje liberador y poderoso, debe ser oído nuevamente en tiempos y contextos diferentes. En su ensayo, Hans-Peter Grosshans, miembro de la red hermenéutica de la FLM, señala la diversidad de la vida humana y el hecho de que a través de las Sagradas Escrituras, Dios habla a las vidas concretas de los individuos y de las comunidades.

Escuchar la Palabra de Dios nos lleva a una especie de proceso de anti-individuación imperial, sino a un canto que alaba la Gracia de Dios (1 P 4:10), que se expresa a través de las diferentes y variadas vidas de los cristianos y las iglesias—en «la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8:21).⁵

Desde el comienzo de la Reforma se ha destacado la importancia de escuchar y comprender la Palabra de Dios, lo que derivó en nuevas traducciones de la Biblia, que en muchos casos tuvieron efectos notorios en el desarrollo de algunos lenguajes nacionales. La comprensión del verdadero significado del texto tiene mucho que ver con la hermenéutica utilizada. Elzbieta Byrtek describe la importancia de la educación en las iglesias luteranas de todos los tiempos, que se originó en el profundo interés por la comprensión de las Escrituras. Un compromiso verdadero con las Escrituras implica cuestionar y escuchar las diferentes «lecturas» y expresar nuestras dudas y preocupaciones.

La fe que no teme al cuestionamiento busca respuestas y dialoga con quienes no comparten la misma opinión, es una fe viva y capaz de sobrevivir en un mundo

² *Ibíd.*

³ *Ibíd.*

⁴ Gottfried Brakemeier, en este trabajo, 22

⁵ Hans-Peter Grosshans, en este trabajo, 56.

multilateral y complejo. Un mundo donde las respuestas «correctas» son dadas por autoridades externas que no necesariamente hablan a la gente, sino donde las personas cristianas, libres por la Gracia de Dios, tienen la responsabilidad de comunicar a otras personas esta Gracia y estar dispuestas a enfrentar diálogos difíciles.⁶

La Reforma fue un catalizador para la comprensión renovada del rol de la iglesia en la sociedad. Lutero le dio valor al trabajo, tanto dentro como fuera del hogar. De este modo, el trabajo diario adquirió una nueva dignificación, ya que lo consideró en forma explícita como una parte esencial para servir a Dios y al prójimo. Esta lectura sentó las bases para los conceptos que luego aparecieron sobre una ciudadanía comprometida. En su artículo sobre el llamado de las iglesias en la sociedad, Kjell Nordstokke señala que según Lutero, Dios ha llamado a la iglesia a ser «palabra viva» en el mundo.

El llamado a ser «palabra viva» es una exhortación a una ciudadanía comprometida. Lutero cambió radicalmente la comprensión de la vocación cristiana, desplazando el eje desde la vida interna de la iglesia hacia el servicio en el mundo, siendo ciudadanos y ciudadanas cristianos que aman y cuidan a su prójimo.⁷

Usando a Noruega como ejemplo, Nordstokke identifica cuatro áreas de acción para la diaconía: amar al prójimo; crear comunidades inclusivas; cuidar la Creación y luchar por la justicia.

En el 2013, la FLM aprobó la Política de Justicia de Género (PJG), un documento que busca crear conciencia dentro de las iglesias sobre los temas de inclusión y género. Usando el ejemplo del pueblo Murut de Sabah, en Malasia, Au Sze Ngui nos cuenta cómo el poder liberador del Evangelio cambió la percepción de los roles de género entre los Muruts. En su artículo, también se basa en la argumentación teológica y la metodología esbozada en la PJG. Ngui explica cómo la comprensión cristiana de la igualdad de los seres humanos ante Dios, empoderó a las mujeres Murut en la iglesia a asumir responsabilidades que tradicionalmente eran de dominio masculino. Se refiere al poder liberador del Evangelio cuando se revisan algunas tradiciones que, a pesar de la retórica que se utiliza muchas veces, no se ajustan al mensaje bíblico.

La liberación del pecado es el comienzo de nuestro esfuerzo por la justicia: somos libres; estamos perdonados y perdonadas; somos los destinatarios y las destinatarias de la Gracia de Dios. Somos libres de cambiar y cambiar el mundo: Hay muchos

⁶ Elzbieta Byrtek, en este trabajo, 75.

⁷ Kjell Nordstokke, en este trabajo, 30.

ejemplos de cómo la cristiandad ha sido agente de cambio, al apoyar la revisión de algunas prácticas «tradicionales».⁸

«Libres por el amor de Dios para cambiar el mundo» es el lema de la Red de Jóvenes Reformadores y Reformadoras de la FLM, que se formó en el marco de la conmemoración del 500 aniversario de la Reforma. Inspirada por este lema, Mónica Villarreal toma el tema sobre el poder liberador de la fe desde la perspectiva de los y las jóvenes. Ser libres por la Gracia de Dios implica siempre la pregunta sobre la razón de nuestra libertad. Villarreal cita a Carolina Huth de Argentina, miembro del grupo que dirige la Red de Jóvenes Reformadores y Reformadoras, y que expresa la idea de una reforma en curso, explicando cómo su fe la liberó para crear un nuevo espacio:

Luteranos y luteranas creemos que mientras las tradiciones no son necesarias para la salvación, muchas veces son buenas para ordenar, dar tranquilidad y tener una práctica común. Pero cuando no sirven a ese propósito, cuando las personas se sienten incómodas, cuando la iglesia ya no es acogedora y el mensaje de Dios no le llega a todas las personas, creemos que es momento de una reorganización.⁹

La voz ecuménica de esta publicación pertenece a Tim Harris, quien en su artículo se refiere tanto al carácter profundamente personal como global de Martín Lutero en su descubrimiento de la Gracia de Dios. Este redescubrimiento

No solo abordó su propia necesidad de calmar sus angustias espirituales, sino que inició un movimiento de reforma, cuya esencia debe ser continuamente adaptada y nos debe llevar a profundizar en el mensaje evangélico de Gracia y Paz.¹⁰

Sin embargo, el redescubrimiento de la grandeza de la Palabra de Dios también nos recuerda nuestras propias limitaciones en el entendimiento del Evangelio, ya que nuestras barreras culturales muchas veces reducen su valor. «La Palabra es más grande que cualquier cultura, y ninguna etnia, nación o cultura puede reclamar la supremacía en su expresión particular del Evangelio»¹¹. En el espíritu de una reforma continua, existe la necesidad de «traducir» la Palabra «a todas las expresiones, proclamaciones y realidades que son parte de la vida humana»¹² teniendo en cuenta de ese modo, nuestras propias limitaciones en su entendimiento.

⁸ Au Sze Ngui, en este trabajo, 64.

⁹ Mónica Villarreal, en este trabajo, 80.

¹⁰ Tim Harris, en este trabajo, 94.

¹¹ *Ibíd.*, 87.

¹² *Ibíd.*

Zephania Kameeta, en su estudio bíblico de Isaías 55:1-2, se refiere a los temas apremiantes de la pobreza y el hambre en África y Namibia en particular y desarrolla el mensaje liberador de Isaías en este contexto.

El texto de este estudio bíblico no dice, Vengan a registrarse para que podamos estudiar por qué tienen sed; sino simplemente, vengan y beban. Esto es lo que hace falta en este momento de necesidad. Las personas necesitadas quieren ayuda antes de perecer. Ahora es su hora y su momento. Los presupuestos y el dinero no importan en este momento; vengan, coman y beban para que puedan vivir.¹³

LOS TRES SUB-TEMAS: LA SALVACIÓN NO SE VENDE; LOS SERES HUMANOS NO SE VENDEN; LA CREACIÓN NO SE VENDE

Los tres subtemas elaboran las diferentes dimensiones de «no se vende» en relación con el tema central, «Libres por la Gracia de Dios» y cuestionan las prácticas y los conceptos teológicos que se interponen al mensaje liberador del Evangelio. Los intentos de mercantilizar la salvación difieren ampliamente y van desde un mensaje de prosperidad a intentos de «garantizar» la salvación de acuerdo con ciertas prácticas, rituales, etc. El aspecto salvífico del consumismo al igual que los cuestionamientos acerca de dónde y bajo qué condiciones se puede esperar la «salvación» en el contexto secular, también son cruciales.

La nueva relación entre Dios y los seres humanos nos da, en forma inevitable, una percepción más profunda de haber sido creados y creadas a imagen de Dios y la comprensión de que seremos renovados y renovadas por la Gracia de Dios. Por lo tanto, los seres humanos no pueden ser vistos como productos cuyo valor puede ser medido solo en términos de beneficios.

A la luz de la explotación masiva actual de los recursos naturales, es imprescindible que atendamos la creación de Dios más allá de los seres humanos. Leemos en el libro de Génesis que Dios vio que su Creación era «buena» y que la confió al cuidado de la humanidad. El concepto de «dominio» en Génesis 1:26, ha sido malinterpretado muchas veces, sin tener en cuenta que Dios dice que toda su Creación es «buena», lejos de la utilidad que pueda tener para los seres humanos. Por lo tanto, la nueva relación entre Dios y los seres humanos también tiene implicancias en cómo los seres humanos se relacionan con el resto de la Creación, ya que la Creación es de Dios y solo nos fue confiada.

Podemos encontrar diferentes reflexiones y aspectos de estos tres subtemas en cada fascículo de esta colección. Es de desear que, mientras

¹³ Zephania Kameeta, en este trabajo, 101.

recorremos este tiempo hacia el 500 Aniversario de la Reforma, los cuadernillos nos ayuden a generar conversaciones sobre este mensaje liberador.

LIBRES POR LA GRACIA DE DIOS. ¿DE QUÉ Y PARA QUÉ?

Gottfried Brakemeier

UN CONCEPTO EN CRISIS

Gracia y misericordia (Alemán: *Gnade*) se han convertido en palabras poco frecuentes, que se utilizan solo en casos excepcionales como en el «pedido de clemencia» para personas condenadas a muerte. O decimos que el sol está cayendo «despiadadamente», secando la tierra y destruyendo la cosecha. Sobre todo, las guerras son «despiadadas»; son implacables; la venganza del enemigo es aterradora, feroz y no tiene en cuenta la culpa o la inocencia y cree que no hay necesidad de distinguir entre lo bueno y lo malo. Hay mucha destrucción, violación y masacre. Esto se repite en la «ley de la calle». Muchos/as jóvenes delincuentes han olvidado la palabra «misericordia», si es que alguna vez la escucharon. Aun cuando la víctima ha sido derribada, continúan golpeándola y pateándola - «sin piedad».

Es significativo ver que solo tomamos consciencia de la misericordia cuando desaparece. El término solo toma relevancia en su acepción negativa «despiadadamente». La persona que no conoce la misericordia, se transforma en una persona «despiadada», ruda, inescrupulosa y brutal. Si no es así, el concepto ha desaparecido de nuestra vida diaria. Ya no existen los días en los que los gobernantes entendían su autoridad como un derecho divino y legitimaban sus leyes como si fueran por la «Gracia de Dios». En una democracia, todo el poder del estado emana del pueblo. Las votaciones deciden cómo se forma el gobierno. Los parlamentarios son «representantes del pueblo». No hay ninguna relación con la Gracia de Dios. Dios también se ha transformado en algo superfluo. Durante la ceremonia de asunción al cargo, muchos políticos han dejado de utilizar la frase «Con la ayuda de Dios». El mundo secular se siente incómodo con la palabra «misericordia» y no le encuentra sentido.

Aún más, la misma palabra resulta dudosa. Nadie quiere depender de la misericordia de nadie. Cualquiera que pide misericordia es débil. Queremos estar parados sobre nuestros propios pies, ganarnos nuestro pan y no deberle nada a nadie. La gente se esfuerza por conducirse sin necesidad de gracia o misericordia. Es básicamente un asunto de prestigio. Los hijos y las hijas no quieren ser una carga para sus padres y madres, ni depender de ellos para su subsistencia. Tan pronto como pueden, se mudan y toman sus vidas en sus propias manos. Y es una desgracia si no funciona. El mismo concepto se aplica a la relación con el estado. Las personas que llevan mucho tiempo desempleadas se sienten superfluas y viviendo a expensas de la comunidad. Muchas personas se consideran parásitos. Las personas desocupadas no quieren mendigar y vivir de limosnas toda la vida. ¿Quién les puede condenar? Es mejor desenvolverse sin recibir misericordia.

Después de todo, la misericordia nos convierte en esclavos o esclavas. Hay un sinnúmero de ejemplos como estos. La generosidad de las autoridades crea una muchedumbre de sirvientes humildes que no se atreven a rechazar pedidos inaceptables. Las personas preferidas o lacayas no son libres. Dice el proverbio: «Quien paga al gaitero escoge la música». Las dictaduras han consolidado su poder de esta manera. Se han asegurado lealtades concediendo privilegios. Esto es así aún bajo condiciones «democráticas», ya que los votos también pueden ser comprados. Las personas que están en política ganan seguidores haciendo promesas al electorado. Los regalos crean obligaciones, aún si se reciben solo en Navidad. El concepto de «misericordia» no es atractivo porque suena jerárquico. Parece establecer dependencias. Mantiene una brecha entre quien da y quien recibe, entre ellos/as («arriba») y nosotros/as («abajo»), donde quien da siempre se consolida como benefactor/a y patrón o patrona.

Parecería que la misericordia es un obstáculo para la lucha por la libertad. Desafortunadamente, muchas veces la iglesia también lo ha entendido así. Muchos movimientos comprometidos con la liberación de personas oprimidas no siempre han recibido el apoyo necesario. En este sentido, la «Teología de la Liberación» resalta aspectos poco comunes, aunque no nuevos. Dios está del lado de las personas oprimidas y las saca de la esclavitud, así como dirigió al pueblo de Israel fuera de Egipto. Dios se solidariza con quienes sufren pobreza y lucha a su lado por la justicia. Muchas personas ven esta teología con desconfianza y la acusan de ser una politización inadmisibles del Evangelio. Cualquiera sea la reacción a esta acusación, el hecho es que la Teología de la Liberación Latinoamericana y su influencia en otros continentes, ha levantado claramente el antiguo interrogante sobre cómo se relaciona la misericordia con la libertad. ¿Cómo podemos hablar de la misericordia liberadora de Dios sin quitarle el poder a la gente y sumergiéndola en nuevas dependencias? Y ¿cómo podemos representar la autonomía humana sin que la misericordia parezca algo superfluo?

¿UN MUNDO SIN PIEDAD?

No hace falta mucha imaginación para visualizar un mundo cruel. Ya es una realidad a gran escala. Las noticias espeluznantes de nuestros países vecinos o de países lejanos son un testimonio de crueldad, así como la desigualdad en la sociedad. No hay animal más cruel que el ser humano. Los asesinatos salvajes, la destrucción ciega o la angustia de millones de personas refugiadas en zonas de hambre y crisis, son ejemplos suficientes. El país responsable del Holocausto ha estado siempre orgulloso de su cultura. La civilización no garantiza la protección de un genocidio, tal como se ve en otros ejemplos del pasado y el presente. Solo tenemos que recordar la historia de los pueblos indígenas en las Américas. A excepción de unos pocos, los nativos norteamericanos fueron brutalmente diezmados y erradicados. Las injusticias cometidas con los esclavos traídos de África, son otro ejemplo trágico. La lista de crímenes cometidos por los seres humanos es larga. Comenzó con Caín y Abel y encontró su expresión más impactante en la crucifixión de Jesús. La violencia ha sido lo que ha distinguido a la humanidad desde tiempos inmemoriales. «[P]orque desde joven el hombre solo piensa en hacer lo malo.» dice Génesis 8:21. Un mundo sin piedad es frío, inhumano y homicida.

Además de lo anterior, hay otros tipos de brutalidad menos espectaculares, como la explotación económica. A cualquier persona que se ve atrapada por deudas, le es muy difícil escaparse. Los bancos no tienen piedad; solo piensan en sus ganancias, bonificaciones y en el rendimiento de sus inversiones. Muchas personas se han visto despojadas de sus recursos por la especulación y las falsas promesas. En un sistema profundamente capitalista, la vida se mercantiliza. Todo puede ser comprado o vendido, incluyendo los bienes religiosos. Las acciones determinan la actividad comercial y, una vez más, no hay lugar para la misericordia. El compromiso social, la compasión y la generosidad desaparecen. La avaricia desplaza la consideración del prójimo. El egoísmo se vuelve una virtud. Las luchas por el trabajo muchas veces comienzan con el abuso y métodos similares. Debes ser «ingenioso/a» y estar del lado de quien gana. Un conocido proverbio resume este espíritu: «Cada quien para cada quien y Dios para todos». Los temas sociales solo son considerados responsabilidad de Dios. Es conveniente y cruel a la vez. Este comportamiento se puede dar en muchos aspectos y todos son igualmente inhumanos.

Además, la gente no se da cuenta que un mundo sin piedad nos expone a peligros fatales. La falta de compasión tiene consecuencias. Provoca el odio de quienes no pudieron sostenerse en la competencia y de quienes fueron excluidos/as u oprimidos/as. La «supervivencia del más fuerte», es una ley inapropiada para la comunidad humana. A pesar de todo, quienes pierden son capaces de vengarse de sus opositores. Un partido deportivo es suficiente para empezar una gran pelea. Si somos indiferentes u hostiles

al medio ambiente, a las minorías religiosas y étnicas o a otros grupos nacionales, estamos arriesgándonos a tener serios conflictos sociales. Nos debe sorprender que los niños y las niñas que han estado siempre al margen de la sociedad y no han sentido afecto, desarrollen una actitud cínica hacia la vida y se vuelvan criminales.

El requisito previo para la paz es la inclusión, no la exclusión. Pero la inclusividad presupone tener consideración con las demás personas. Debo garantizarles un lugar en la sociedad aunque sean diferentes y no coincidan con mis ideales. No necesariamente debemos tener las mismas opiniones que los demás para extenderles nuestra mano. La misericordia es capaz de una tolerancia que reconoce el derecho a existir, pero que no debe ser arbitraria. El crimen no puede reclamar el principio de tolerancia. Sin embargo, la misericordia bien entendida no limita el espacio de convivencia. Al contrario, lo protege y lo amplía. Solo quienes son capaces de sentir compasión, pertenecen al grupo de las personas que trabajan por la paz, bendecidas por Jesús (Mt 5:9) La humanidad va a ser destrozada por sus conflictos, si no tenemos piedad.

Por último, debemos admitir que imaginar un mundo sin piedad puede ser un gran engaño. Todo lo referido al concepto de «misericordia» como bondad, aceptación, gratificación, disposición a perdonar, etc., puede ser eliminado y traicionado. Aún así, la misericordia sigue formando parte de la realidad. No se concibe a la raza humana sin piedad. Cualquiera que lo discuta, está ciego. En el «Catecismo Menor», Martín Lutero expone de forma magistral su explicación del primer artículo del Credo:

...Dios me ha donado y me conserva sin cesar mi cuerpo y alma y vida, mis miembros grandes y pequeños, todos mis sentidos, mi razón, mi inteligencia.¹

Nos debemos a nosotros mismos. No somos el producto de un accidente genético o una manipulación biológica. Todo eso puede haber intervenido. Pero no es suficiente para explicar el misterio de una persona. Las personas no son manufacturadas, son creadas y por lo tanto tienen una dignidad inviolable. Su vida es un don, al igual que cada nuevo día. La misericordia está presente al comienzo de la vida y permanece como una necesidad básica. Cada persona debe ser apreciada tal como es, con sus errores, debilidades y culpas. Necesitan consideración, perdón, amor. ¿Quién puede sobrevivir sin esto?

La capacidad de razonar que caracteriza a los seres humanos, es considerada su principal cualidad. Nos diferenciamos de los otros seres

¹ Martín Lutero, “El Catecismo Mayor,” en Dr. Andrés A. Meléndez, Editor. “Libro de Concordia. Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana. Concordia Publishing House. St. Louis. 1969, 438.

vivientes porque podemos pensar, hablar, planear y transformar el mundo. Para Martín Lutero, la razón es también «en comparación con otras cosas de esta vida, lo mejor y algo divino.»² Y agrega, es una fuerza que moldea a la cultura. Aunque la razón no está exenta de ponerse al servicio del mal, nos coloca sobre todas las criaturas. Sería un error considerar a la razón como única norma para el ser humano. La racionalidad está ligada a la irracionalidad, la espiritualidad, y las emociones. Y son impredecibles. Está comprobado que frecuentemente las decisiones son más emocionales que racionales; los seres humanos son complejos y no se pueden explicar simplemente sobre la base de la decodificación de un genoma.

Es precisamente por esta razón que la fe cristiana insiste en el hecho de que la misericordia es parte de nuestra humanidad. Martín Lutero siempre lo tuvo claro y lo recalcó muchas veces. Es la empatía lo que hace persona a una persona. Seríamos máquinas si no pudiéramos sentir piedad, compasión y amor. El apóstol Pablo lo dijo muy claramente: «[...] y si no tengo amor» todas mis capacidades, aunque sean excelentes, no valen nada (1 Cor 13:1s.). Jesús mismo nos recuerda que Dios prefiere la compasión a los sacrificios (Mt 9:13s.). La ceremonia religiosa y la genialidad no tienen ningún valor si se ignora al otro y sus necesidades. Si sumamos todo eso en el concepto de misericordia, vemos que la nobleza humana consiste en la capacidad de tener misericordia. Todo lo demás es secundario.

LA HUMANIDAD DE DIOS

Jesús sabía que había sido enviado en nombre de un Dios que es el amor mismo (1 Jn 45:16). Este Dios es diferente a todos los dioses que validan el homicidio y el asesinato, permitiendo - o muchas veces exigiendo - la violencia en sus nombres. Todos los dioses no son iguales. Hay que mirar bien y diferenciarlos. Son reconocidos por sus exigencias, sus órdenes y sus obras. Algunos son realmente tiranos, poniendo cargas muy pesadas sobre sus devotos y quitándoles la razón. Siembran odio y peleas e insisten en las cruzadas y guerras santas. Las religiones pueden ser tan barbáricas como cualquier persona. Se han cometido y se siguen cometiendo crímenes terribles en su nombre. Con mucha frecuencia, la religión ha bloqueado el progreso y el desarrollo y los creyentes se han aferrado a modelos de comportamiento obsoletos. Muchas veces las personas religiosas son retrógradas, antiguas, extrañas. Es por eso que la religión se ha visto muy desacreditada en nuestra época. Algunas personas sueñan con abolirla. Esto no solo es superfluo, sino

² Martín Lutero, «The Disputation Concerning Man, 1536,» en Helmut T. Lehmann, *Obras de Lutero*, vol. 34 (Filadelfia: Muhlenberg Press, 1960), 137.

extremadamente perjudicial. El fanatismo religioso, con su gran tendencia a la violencia, se ha convertido en una de las grandes fuentes de peligro en el mundo. ¿Quién puede contener esta locura religiosa?

En un tiempo donde hablar de Dios pierde vigencia, la fe debe ser responsable en su discurso. La cristiandad cree en un Dios que Jesús llamó Su Padre y a quien su congregación también puede llamarlo Nuestro Padre. El nombre representa una relación de confianza. Dios también puede ser llamado Madre, como indica la Biblia en algunos pasajes. A diferencia de los primeros profetas hasta Juan el Bautista, Jesús no predica a un Dios enojado, que hará descender una justicia vengativa al mundo, sino a un Dios misericordioso que se acerca a las personas más necesitadas, a las marginadas y a las culpables.

Al obrar así, Jesús ofendió a quienes se declaraban personas justas y reclamaban privilegios. La mesa que Jesús compartió con los cobradores de impuestos y los pecadores (Lc. 15:1s), fue algo escandaloso para ellos. Revierte sus visiones del mundo, que solo valoran los méritos y las acciones. Si Dios es lo que Jesús proclama, ellos deberán cambiar. Sin embargo, no quieren hacerlo. Reaccionan ante el templo del rabí de Nazaret con las personas «indignas», como si fuera un acto de agresión. Jesús contempla a las personas enfermas y vulnerables, marginadas, pobres y despreciadas. Son quienes trata de devolver al pueblo de los hijos de Dios. Su atención y preocupación son incondicionales. La gratuidad es la característica principal de sus acciones. Esto significa que Jesús se entiende a sí mismo como defensor de un Dios que no rechaza a quienes están en el pecado y que le da una oportunidad a quienes han olvidados/as.

Es claro que la Reforma comenzó por cambiar la comprensión de Dios. Martín Lutero descubrió al Dios misericordioso que acepta a los seres humanos más allá de sus méritos. La justificación en el sentido bíblico significa: la promesa del derecho a la vida sin necesidad de probar su desempeño, una aceptación incondicional, una demostración de amor. Martín Lutero se vio atormentado por sus escrúpulos debido a sus repetidos fracasos en la lucha contra el mismo mal; estas dudas se disiparon cuando descubrió que Dios justifica al pecador «solo por la fe y gracia». Entonces su pregunta «¿Cómo puedo alcanzar a un Dios misericordioso?» fue respondida. Sería erróneo interpretar esta pregunta como una expresión temporal de mala conciencia. Es el cuestionamiento humano *por excelencia*. ¿Dónde está la misericordia en este mundo? Un Dios despiadado es más un Moloch que un padre. Esa clase de Dios amenaza con castigos infernales y difunde temor y terror. No puede haber consuelo en ese tipo de dios. Negar a Dios, tampoco es una solución. El ateísmo es tan «deplorable» como una religión cínica. Con el Padre de Jesucristo, las cosas son diferentes. Este Dios ofrece refugio, protección y sentido.

Con estas palabras, Dios nos quiere convencer de que Él es verdaderamente nuestro Padre y que realmente somos sus hijos, para que podamos pedirle con la misma confianza que los hijos piden a su amoroso padre.» Entonces Dios amorosamente nos insta a creer que Él es nuestro verdadero Padre y que somos sus verdaderos hijos, para que podamos pedirle con total seguridad y confianza como hijos amados a su amado Padre.³

Si nos preguntamos de dónde viene esta convicción, la respuesta es fácil. Viene de Jesucristo, en quien Dios se encarnó. «Nadie ha visto jamás a Dios» (Jn 1:18), pero Dios se reveló en Jesús. La congregación lo confiesa como la misma revelación. Hay señales de Dios en la naturaleza y en la historia, pero no son indiscutibles. Nadie que hable del amor de Dios, puede evitar a Jesús de Nazaret. Este amor se expresa en sus palabras y acciones y también en su sufrimiento. Jesús muere en la cruz, víctima de sus enemigos. Todo el mal del mundo cae sobre él, pero aún en este infierno, Jesús se mantiene fiel a su misión. En lugar de maldecir a sus torturadores, ora por su perdón (Lc 23:34). Prefiere morir que desear la muerte a los otros. Jesús se abstiene de buscar represalias. Para la comunidad cristiana, esta historia refleja el amor divino del Padre. Dios renuncia a vengarse de sus enemigos (Rom 5:10). En cambio, perdona sus faltas. Nos da la reconciliación (2 Cor 5:18ss). No puede haber paz desde la venganza.

Jesús da testimonio del Dios que busca la salvación de la humanidad, incluso para las personas paganas e «incrédulas». El Nuevo Testamento habla de su amor por la humanidad (Tito 3:4). Dios nos muestra su solidaridad con las criaturas que sufren y las libera de sus adversidades, en Jesucristo. El Dios de Jesucristo es «humano», conoce la «compasión» y muestra su misericordia. Esto último se hace realidad en la Pascua de Resurrección. El pecado, el sufrimiento y la muerte, son vencidos. El Crucificado vive y tiene la llave del cielo y del infierno (Ap. 1:15). La resurrección de Jesucristo nos libera del cautiverio de lo temporal y nos da futuro, aún frente a la muerte. El final de todas las cosas no es algo insignificante, una derrota, sino un nuevo comienzo (Ap. 21:1ss). El Reino de Dios se convierte en la verdadera realidad.

LOS FUNDAMENTOS DEL EVANGELIO

Bajo estas circunstancias, no es sorprendente que el legado de Dios mejor expresado sea el mandamiento de amarnos unos a otros, unas a otras.

³ Obras de Martín Lutero. Tomo I. “La Libertad Cristiana” 1520. Editorial Paidós. Buenos Aires. 1967.

Dios establece las normas con su acción divina y con su propio ser. Una vez más, Dios nos mostró Su amor en Jesucristo (Rom 8:39). «Sean ustedes compasivos, como también su Padre es compasivo,» dice Jesús (Lc 6:36). Y cuando le preguntan sobre el primero de todos los mandamientos, contesta «[...] ‘Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón [...] [y] a tu prójimo como a ti mismo’. Ningún mandamiento es más importante que estos» (Mc 12:29ss). Son dos mandamientos en uno. Amar a Dios y al prójimo, no es lo mismo. Amar al prójimo no es amar a Dios o viceversa. No deben confundirse. Amar a Dios significa que solo se adora a Dios. La liturgia solo pertenece a Dios (Mt 4:10). Cualquier «culto a una persona humana» es reprochable. Por el contrario, la diaconía es para el prójimo. Necesitan asistencia, solidaridad, atención. El principio es: «Ayúdense entre sí a soportar las cargas» (Gal 6:2) Por eso necesitamos diferenciar. El amor tiene muchas caras. Y aún así, hay un solo mandamiento—sobre el amor, es decir, una actitud que solo desea lo que es bueno.

Este mandamiento no es solo uno más, es la base de la ética en general. «En estos mandamientos se basan toda la ley y los profetas» (Mt 22:40). Y Pablo dice, «En el amor se cumple perfectamente la ley» (Rom 13:10). Si un precepto contradice este mandamiento de amor, debe ser reelaborado o abolido. Esto lo podemos ver en la discusión que Jesús mantiene con los fariseos en relación al sabbat. Pero es solo un ejemplo entre otros. Dios quiere un mundo más humano, a toda costa. Y eso no se puede lograr sin un mínimo de «amor». A pesar de que «amor» es una palabra demasiado utilizada, nada se puede hacer sin él. Es por eso que debe ser protegido del abuso. Hablando bíblicamente, el amor no es en primera instancia un sentimiento, sino una intención. Que yo ame a mi prójimo o no, básicamente depende de mis intenciones respecto a él o ella. Puedo sentir lo mejor hacia mis enemigos sin que realmente me agraden. Nuestra salvación la debemos al amor de Dios por el enemigo. La misericordia de Dios está dirigida a todos y todas sin distinción. Invita a quienes estén en el pecado a regresar a la comunidad de Dios.

Esto sucede sin presión o coerción. Si el amor es auténtico, no crea dependencias. Nos garantiza la libertad. Nos sorprende cuando el padre, en la parábola del hijo pródigo, no objeta cuando su hijo decide dejar la casa paterna y le pide la parte de la herencia que le toca (Lc 15:11s). Y su padre lo deja ir. De la misma manera, Jesús no ata a sus discípulos. Deja que se vayan si no están de acuerdo con él (Jn 6:66f). El verdadero discípulo se basa en el libre albedrío. La misericordia sin amor sólo sirve a su propósito y es humillante para quien la recibe, a diferencia de la que viene del amor. Quiere que sus prójimos sean sus compañeros o compañeras, no subordinados o subordinadas. Evita actuar con condescendencia diciéndoles lo que deben hacer. La «rigurosidad» contradice el mandamiento de amor. Establece una dictadura religiosa y convierte la misericordia en coerción.

Por el contrario, el amor le da más valor a los seres humanos y permite que se hagan responsables. Para ello, deben ser capaces de pensar «en todo lo verdadero, en todo lo que es digno de respeto, en todo lo puro, en todo lo agradable, en todo lo que tiene buena fama [...]» (Fil 4:8) El amor necesita ser guiado, no regulado; la presión lo destruye.

Pero sobre todo, necesita motivación. El amor no nace de una orden. Por eso el Nuevo Testamento explica la necesidad de actuar con la acción de Dios. Debemos amar porque fuimos amados por Dios. «Nosotros amamos porque Él nos amó primero,» dice la primera carta de Juan (4:19) Jesús mismo lo explica en la parábola del siervo que no quería perdonar (Mt 18:21s). El deber de perdonarse mutuamente surge del perdón que viene de Dios. Esto se aplica a la ética en general, cada vez que el mandamiento está precedido por el recuerdo de la acción misericordiosa de Dios. Experimentar la misericordia nos inspira a ser mejores. Esta es la fuente de la que surge el mandamiento. «¡Malvado!» dijo el rey en la parábola, «Yo te perdoné toda aquella deuda porque me lo rogaste. Pues tú también debiste tener compasión de tu compañero, del mismo modo que yo tuve compasión de ti.» (Mt 18:32s). Cualquier benefactor se sentirá tonto si quien recibe mantiene duro su corazón. Eso es precisamente lo que dice el Apóstol Pablo: «Tú desprecias la inagotable bondad, tolerancia y paciencia de Dios, Sin darte cuenta de que es precisamente su bondad la que te está llevando a convertirte en El» (Rom 2:4). El asunto es cómo llegar a las conclusiones correctas desde esta generosidad.

Quien se rehúsa a hacerlo, sufre grandes pérdidas. Uno puede argumentar naturalmente que le debe algo a Dios. ¿Quién o qué es «Dios»? Hay una nueva tendencia que quiere establecer una religión sin Dios. Es un concepto que ya no parece apropiado. La gente quiere creer pero de una forma diferente que en el pasado. Ciertamente, debemos asegurarnos que la misericordia no sea catapultada fuera de este mundo al mismo tiempo que Dios. ¿En qué o en quién quiere la gente creer si Dios desaparece de nuestras vidas? En este caso, existe el gran peligro de que uno deba aceptar un mundo sin sentido, así como la falta de amor y la tragedia de una vida finita. Dios es la fuerza decisiva que hace posible resistir la negatividad de la vida y el poder del mal. La experiencia de supervivencia en tiempos difíciles, aún ante el riesgo de muerte, se vuelve imposible en las condiciones de vida moderna donde se oculta a Dios. Es por esta razón, que luchar contra la realidad de Dios se debería considerar como un factor de «alto riesgo» para el logro de una buena vida.

Además, al negar la Gracia de Dios, se corre el riesgo de perder el sentido de asombro, un sentimiento por lo extraordinario. Si es así, no hay razones para agradecer. Todo se ve amenazado a convertirse en un cliché y al mismo tiempo, desenvolverse automáticamente de acuerdo a leyes ya conocidas. ¿Quién

es responsable de las maravillas de la Creación? No es necesario agradecer a la «evolución». Es una idea absurda. Volverse insensibles a la misericordia de Dios, conduce a invisibilizar aquellas dimensiones por las que de otra manera la vida sería muy insípida. Si lo recordamos, ponemos en marcha un gran proceso de liberación. Abre nuestros ojos a la justificación de una oración como el Padre Nuestro. Deberíamos tener bien claro lo que hacemos si oprimimos el botón de «borrar» en relación a la misericordia de Dios.

LIBERTAD

La Reforma se consideró un movimiento de liberación. «Cristo nos da la libertad para que seamos libres», escribe el apóstol Pablo (Gal 5:1). Esto dio una dinámica al movimiento. Se atrevió a levantarse ante la dominación extranjera y a recurrir al Evangelio como único modelo. De acuerdo a la Dieta de Worms en 1521, Martín Lutero desafió al Papa, emperador y poder absoluto de la iglesia. Ya había desarrollado el tema en detalle en «Sobre la libertad cristiana, 1520.» «Un cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie.»⁴ Esa es su primera frase. Quien tiene a Dios como Señor no puede servir a otros dioses (cf. Mt 6:24). Servir a Dios nos libera de servir a la raza humana. Todas las presiones desaparecen cuando tenemos nuestra fe puesta en la Gracia de Dios. Sin embargo, esta libertad puede ser malentendida como arbitraria. Por lo que Lutero agrega: «E cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos.»⁵ Esa es su segunda frase. Ambas se corresponden. La libertad se autodestruye si no asume sus responsabilidades. Pero sobre todo, es el amor que se traiciona. Es esencialmente «servir al prójimo». La fe también se vuelve falsa sin la diaconía, porque no hay fe «cristiana» que no tome acción en el amor (Gal 5:6). Esta es la prueba de la fe.

Vale la pena reflexionar en detalle sobre estas dos frases del reformador. Martín Lutero provocó la ira de la iglesia papal porque le negó su papel de mediadora en el proceso salvífico. Solo basta la fe para ser salvo. La iglesia es testigo de la Palabra y por lo tanto cumple una tarea esencial. Pero la salvación sólo viene de Cristo Jesús. Los seres humanos no tienen que trabajar más por su salvación o esforzarse por hacer obras meritorias. Al contrario, están invitados a aceptarla con confianza. Lutero apeló a Pablo cuando dijo «[...] nadie es reconocido como justo por cumplir la ley» (Gal 2:16). Lutero experimentó personalmente lo que eso significaba. Para él fue una liberación asumir que su pecado no lo descalificaba para entrar en el

⁴ Obras de Martín Lutero. Tomo I. «La Libertad Cristiana» 1520 Editorial Paidós. Buenos Aires. 1967.

⁵ *Ibíd.*

Reino de Dios. Podría volver a vivir con su cabeza en alto. La misericordia de Dios lo había liberado de la presión de actuar para lograr méritos religiosos. Esa presión no sólo fue fuerte en la iglesia medieval. Aún está presente hoy, en particular en las religiones no cristianas. Cualquiera que no sigue las normas, es visto como un «no-creyente» y tratado con hostilidad.

Aún bajo circunstancias adversas, el mensaje de la justificación tiene relevancia. Cada uno necesita la experiencia de ser aceptado. Condiciona la salud mental y la búsqueda de la identidad. Un/a niño/a no deseado/a, pasa por momentos difíciles en su vida. Un/a niño/a no puede crecer sin la protección y el cuidado de la madre y el padre. Más adelante, el reconocimiento también es vital—ya sea de un grupo chico o a nivel popular. Todos buscamos el aprecio, el aplauso y la aprobación. La gente debe sentir que es alguien, que tiene un sentido, que tiene un lugar. Pero, ¿qué pasa si la sociedad rechaza a sus propios miembros, incluso sus propios padres? Personalmente puedo pertenecer a esta sociedad si comienzo a odiarme y desarrollo un gran complejo de inferioridad. Entonces imagino que no valgo mucho, que soy un fracaso y que cargo con un estigma. Esto se vuelve un proceso muy peligroso que incluso puede terminar en suicidio o arranques de violencia.

La misericordia de Dios lo ubica de forma diferente. Cuando todos y todas te humillan y te enloquecen, tú sigues sintiéndote una criatura amada por Dios. No eres menos importante que nadie. No envidias el éxito de nadie. La justificación nos libera del juicio social. «¿Quién nos puede acusar ante la elección de Dios? Es Dios quien nos justifica» (Rom 8:33), dice el apóstol Pablo. Una persona es mucho más que la suma de sus acciones o inacciones. Sigue siendo importante lo que las demás personas piensen de mí. Lo que ven en mí no me es indiferente. Nadie es inmune a la denigración o agresión y la difamación es un crimen. Y aún así, los juicios humanos han perdido total validez. Se han vuelto «relativos». Lo esencial es lo que el Evangelio dice sobre mí. Entonces voy a poder manejar mejor, con todas mis deficiencias. Voy a aprender a aceptarme con mis errores y debilidades sin tener que disculparme. La promesa de la justificación tiene efectos psicológicos extraordinarios. Nos enseña a reconocer el pecado sin desesperarnos.

Por supuesto que la justificación es lo opuesto a la arrogancia. Nos llama a ser realistas y comprender lo que es ser humano, con todas sus limitaciones. El apóstol Pablo reprende a los corintios por su orgullo. Les pregunta, «¿Quién te da privilegios sobre los demás? ¿Y qué tienes que Dios no te haya dado? Y si él te lo ha dado, ¿por qué presumes, como si lo hubieras conseguido por ti mismo?» (1 Cor 4:7) El mensaje de la justificación rompe la burbuja de la arrogancia. Baja a tierra a las personas y les enseña a ser humildes. La misericordia de Dios es una traba para las personas orgullosas, fuertes, rectas y aquellas que piensan que no necesitan estar agradecidas. Sin la misericordia de Dios, no serían nada. Es aconsejable no engañarse. La

sociedad en su totalidad, pone límites a la misericordia de Dios. Incluso, si el juicio final es responsabilidad de Dios, todo juicio humano queda sujeto a ello. La sociedad no tiene derecho a la decisión final sobre sus miembros. Los seres humanos son propiedad de Dios y como tales, gozan de la protección de Dios. Nadie es una excepción. Todos/as están invitados/as a aceptar la misericordia de Dios en la fe. Aún así, este regalo precede a la respuesta humana. Por consiguiente, el mensaje de la justificación en un sentido más amplio, es uno de los pilares a favor de los derechos humanos. La ley divina enfatiza el respeto a la dignidad e integridad del ser humano.

Esto deja en claro que la misericordia de Dios hacia el ser humano cae al vacío. Pone a los individuos en comunión unos con otros. Por consiguiente, la segunda cláusula del tratado de Lutero sobre la libertad, tiene que seguir a la primera. No hay contradicción. Lo sabemos a través de Jesucristo. Aquel que era libre y solo se sintió responsable ante su Padre «renunció a lo que era suyo y tomó naturaleza de siervo.» (Fil 2:7) Fue voluntario, no fue forzado a hacerlo. En sus propias palabras dijo, «Porque ni aun el Hijo del hombre vino para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud.» (Mc 10:45) Por eso: «El que entre ustedes quiera ser el primero, deberá ser el esclavo de los demás» (Mc 10:44). Solo quien puede servir es realmente libre. La «libertad de», debe estar unida a la «libertad para». Solo de esta manera recibirá el sello de calidad. Una mera independencia puede ser tan despótica como la arbitrariedad. Debe estar sujeta a lo que es bueno.

Es un verdadero malentendido pensar que un protestante no necesita hacer buenas obras. Mientras los católicos buscan tener buenos logros, los protestantes pueden juntar sus manos. Esta es una confusión en la que a veces caemos. Quien lo discute, no ha leído la Confesión Luterana publicada en Augsburgo en 1530, que aún es válida. El artículo sexto dice, « Se enseña también que tal fe debe producir buenas frutos y buenas obras y que se deben realizar toda clase de buenas obras que Dios haya ordenado [...].»⁶ Sin embargo, la tradición luterana diferencia las buenas obras de amor de las buenas obras de la ley. Estas últimas no son solo por el bien del prójimo, sino también para cumplir la ley. Sin embargo, esto significa tomar una acción que podamos contar como un mérito, lo que contradice el espíritu de amor que no tiene en cuenta su propia gloria sino el bien del prójimo. Jesús mismo demostró una y otra vez que es el amor lo que cuenta y no el cumplimiento de los mandamientos. El amor no presume de sus buenas acciones; solo actúa sin pensar en sus beneficios.

Dado que el amor es servicio, las personas cristianas pueden servir. Saben que cada comunidad necesita leyes que deben ser respetadas por sus miembros.

⁶ “La Confesión de Augsburgo” en Dr. Andrés A. Meléndez, Editor. “Libro de Concordia. Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana. Concordia Publishing House. St. Louis. 1969, 29.

Es por eso que existen normas, oficinas y autoridades. El Nuevo Testamento reconoce al Estado como una institución de Dios y llama a obedecerlo (Rom 13:1s, 1 Ped 2:17). Cada iglesia está sometida a su constitución nacional. No es posible lograr la paz social sin un consenso social. La iglesia misma necesita de las estructuras administrativas y de un liderazgo. Un cristiano es un anarquista. Sin embargo, la obediencia se restringe al principio que dice: «Es nuestro deber obedecer a Dios antes que a los hombres.» (Hch 5:29). Por lo tanto, un/a cristiano/a puede oponerse. Siempre debe ser así cuando las leyes no son justas. La Teología de la Liberación ha reconocido que el pecado puede tomar la forma de estructuras sociales injustas, lo que no debe ser ignorado nuevamente. Es parte de la obra de la iglesia, denunciar el abuso. Fue lo que sucedió por ejemplo en 1977, durante la Sexta Asamblea de la Federación Luterana Mundial en Dar es Salaam, Tanzania. Los/as delegados/as declararon que el sistema del apartheid era incompatible con la confesión luterana. Quienes lo apoyaran, se estarían situando fuera de la comunidad. El racismo era un pecado. Pero también hay otros casos menos dramáticos de fallas estructurales. Siempre que sea necesario, la iglesia debe presionar para que las leyes sean cambiadas. Porque el amor «no se alegra de las injusticias, sino de la verdad» (1 Cor 13:6). Los cristianos pueden apelar a la resistencia basados en su consciencia. En cualquier caso, quienes asisten a las personas que sufren, también pueden tomar acciones políticas.

El mismo Martín Lutero es un gran ejemplo. No fue una persona «apolítica». Los males de su época provocaron su desaprobación y le dieron la oportunidad de criticarlos. El reformador apeló a los responsables de su época, pidiéndoles cambios que mejoraran las condiciones sociales en su «A la nobleza cristiana de la Nación Alemana con respecto a la Reforma del Estado Cristiano, 1520.»⁷ Pero también habló con firmeza en otras ocasiones. No existe la iglesia apolítica. Mientras los cristianos vivan en este mundo, son parte de la sociedad, es decir, sus guardias, y corresponsables de su prosperidad o miseria. Ciertamente la iglesia y el estado tienen sus respectivas tareas. Mientras el estado debe velar por la ley y la paz, a la iglesia le fue confiado trabajar para la ley y la voluntad de Dios. Es precisamente por esta razón, que la iglesia no puede ser indiferente a cómo el estado cumple con su obligación. Debe alzar la voz y protestar si la injusticia y la violencia se vuelven endémicas. La iglesia no debe permanecer callada frente a cuestiones éticas. Por el contrario, el estado debería estar interesado en que la iglesia predique sobre la fe, el amor y la esperanza entre sus ciudadanos. Debe garantizar una infraestructura adecuada.

⁷ “A la nobleza de la Nación Alemana acerca del mejoramiento del Estado Cristiano” 1520 en Obras de Martín Lutero. Tomo I. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1967, 67s.

Esta distinción entre la iglesia y el estado, es un indudable rechazo a la idea de la teocracia. Jesús mismo habló claramente sobre esto. No debemos dar al emperador lo que es de Dios ni viceversa (Mc 12:17). El poder mundial tiene sus propias leyes, lo que no lo libera de su responsabilidad ante Dios. Por consiguiente, la teología luterana no quiere una teocracia sino un estado basado en el cumplimiento de la ley. La teocracia es, por naturaleza, autoritaria y va en contra de la libertad. Solo permite una fe y prohíbe la legítima diversidad. En cambio, debemos esperar que la sociedad apoye un sistema legal que garantice a sus miembros la mayor libertad, paz y prosperidad. Ese consenso también se puede lograr con los no-cristianos. La justicia es un postulado humano y se relaciona con otras épocas religiosas y seculares. El estado basado en la ley, no es una creación cristiana. Sin embargo es un proyecto que la iglesia debe promover.

La iglesia de Jesucristo debe, naturalmente, evitar ser incorporada por partidos políticos. Perdería la libertad y la capacidad de tener una crítica objetiva. Mientras los cristianos individualmente no pueden evitar tener sus opciones políticas, la iglesia institucional no puede hacerlo. Tiene que comprometer a todos los partidos por igual a promover el bien común y motivarlos a ser públicamente responsables de sus respectivos programas. La iglesia debe resistir la tentación de controlar el estado. Pero tiene la tarea de recordar a los gobernantes de sus responsabilidades. Esa es parte de su «diaconía política» y la prueba de la libertad que les fue dada por Dios.

PREGUNTAS

En el mundo global del siglo veinte, la tolerancia se está volviendo esencial para la paz. ¿Es correcto proclamar que la Palabra nos libera de la intolerancia? ¿Hasta dónde debe llegar la tolerancia cristiana sin convertirse en arbitrariedad?

La iglesia no debe interferir en asuntos políticos. Esta declaración frecuente se basa en el hecho de que el pueblo dice que la iglesia debe cuidar de su salvación y el estado de su bienestar social. La salvación y el bienestar social, ¿pueden estar tan nítidamente separados?

¿Por qué debemos hablar de la misericordia de Dios? El mundo humano, ¿es posible sin Dios? Muchos dicen que debemos abolir la religión para establecer la paz en el mundo. ¿Qué tenemos para decir al respecto?

LA IGLESIA Y EL ESPACIO PÚBLICO. UNA INTERPRETACIÓN LUTERANA

Kjell Nordstokke

LA REFORMA Y LA COMPRENSIÓN DE SER IGLESIA

El mensaje central de la Reforma Luterana es que la justificación por la fe es la doctrina por la cual la iglesia se sostiene o cae. Esta postura se basa en la lectura bíblica de Lutero y su interpretación del ministerio de Jesús. A menudo ha sido presentada como las cinco *solas* o los cinco fundamentos de la teología luterana: solo la Escritura (*sola scriptura*), solo la fe (*sola fide*); la Gracia sola (*sola gratia*); solo Cristo (*solo Cristo*); solo gloria a Dios (*solus Deo gloria*).

A primera vista estos principios no hacen referencia a la iglesia. Esto nos puede dar la impresión de que la eclesiología (teología de la iglesia) no era un tema importante para Lutero y sus seguidores. Pero no fue el caso. La Reforma se inició como una reacción al modelo medieval de la iglesia y su concentración en el poder económico y político. Según Lutero, de esa forma la iglesia estaba silenciando la proclamación de la Palabra. Por ese motivo, la iglesia necesitaba ser reformada. La proclamación del Evangelio en el mundo es la razón de ser de la iglesia y no al revés. La iglesia solo existe por mandato de las Escrituras, por la fe, por la Gracia, por Cristo y para la gloria de Dios.

El estado de la iglesia del siglo diez y nueve era tal, que muchos deseaban su reforma. El papa se había convertido en un líder político con su propio ejército. Los obispos eran legisladores locales y controlaban la mayor parte de los recursos económicos. Sin embargo, el problema no era solamente la manera en que la iglesia ejercía su poder político. Mas bien, los reformadores criticaban la forma en que el Papa y los obispos usaban el poder religioso para legitimar sus posturas como legisladores del mundo.

Por ejemplo, podían excomulgar a sus adversarios políticos y en algunos casos imponer un interdicto sobre un país. Eso significaba que todo un pueblo no podía acceder a los sacramentos o tener un funeral cristiano. La lucha por el poder político impactó seriamente en la gente común y sus vidas religiosas. Si no podían asistir a la misa y hacer uso de los sacramentos como está prescrito por las autoridades eclesiales, temían por su salvación. De la misma manera, el pueblo adoptó prácticas que la iglesia había establecido con el fin de aumentar sus ingresos, como la venta de indulgencias. Lutero escribió sus Noventa y Cinco Tesis «sobre el poder y la eficacia de las indulgencias» en 1517, cuando vio cómo la gente pobre, guiada por el temor, malgastaba su dinero comprando indulgencias para escapar de los tormentos del purgatorio. Como sabemos, este es el inicio de la Reforma. Por un lado, su punto de partida fue una reacción contra la iglesia que abusaba de su poder explotando a los pobres. Por otro lado, cuestionaba a la iglesia, ya que en lugar de proclamar el Evangelio, le decía a los creyentes que confiaran en un pedazo de papel que podía comprarse. La salvación no es un artículo que puede comprarse. La salvación no se vende.

Lutero no solo criticó esas prácticas. Motivado por su convicción teológica, cuestionó este modelo de ser iglesia y desafió a los líderes políticos de su tiempo a retomar el poder que les había usurpado la iglesia. Reclamaba que el mandato de la iglesia no es ejercer el poder como dirigente político. El «poder de la espada», en palabras de Lutero, pertenece a aquellos que Dios instauró como reyes y otros gobernantes del mundo. Todos los/as ciudadanos/as, incluida la iglesia, deben reconocer y obedecer a las autoridades. La iglesia tiene un mandato diferente: Dios ha llamado a ejercer el «poder de la palabra» y la proclamación pública del Evangelio en palabra y acción.

LA PALABRA COMO UNA PALABRA PÚBLICA PODEROSA

La diferencia entre el poder de la espada y el poder de la Palabra, condujo a la enseñanza de los dos reinos en la teología luterana y a una profunda discusión de cómo interpretarla en un momento político y social diferente a los tiempos de Lutero.

Primero, es importante tener en cuenta que el tema es discernir, no separar. Lutero hizo hincapié en que ambos reinos (Lutero prefirió decir gobiernos), están sujetos al juicio y a la voluntad de Dios. Por lo tanto, todos los dirigentes son responsables ante Dios y como buenos cristianos, deberían considerar su tarea como una vocación divina y usar diligentemente la Palabra y los sacramentos para reforzar su deber como gobernantes. Esto tenía sentido en un tiempo en donde todos los/as ciudadanos/as pertenecían a la iglesia. Se esperaba que los reyes y otros gobernantes fueran buenos

cristianos y que asistieran regularmente a la iglesia, donde el «poder de la Palabra» les fuera revelado.

Evidentemente, esta doctrina debe ser aplicada de forma diferente hoy en día, ya que en muchos lugares, la iglesia representa a un pequeño sector de la sociedad donde quizás solo una minoría asiste o es miembro de una iglesia. Además, muy pocos líderes políticos en la actualidad consideran que su posición ha sido ordenada por Dios. Sus mandatos y poder están regulados de acuerdo a procedimientos seculares que los seleccionan y los vuelven dirigentes. ¿De qué manera la iglesia se ve desafiada a contribuir, alentando a los gobiernos a ser responsables, promoviendo normas sociales y políticas que estén de acuerdo a la voluntad de Dios para su Creación y la vida humana?

En segundo lugar, la interpretación de la doctrina de los dos reinos nos lleva a otra gran diferencia: el escandaloso poder político y económico que la iglesia había acumulado en ese momento. El hecho de que ese abuso de poder haya servido para instrumentar la formulación de esta doctrina, puede haber contribuido a una interpretación que nos advierte sobre cualquier mezcla entre la iglesia y la política. Esta fue la postura mantenida por muchos líderes religiosos durante la época nazi. Afirmaban que el gobierno secular debía actuar de acuerdo a sus propias leyes y ser reconocido como el orden social establecido por Dios. Por lo tanto, debía ser obedecido. De igual manera, muchas personas rechazaban la idea de que la iglesia debía involucrarse en la lucha contra el apartheid, sosteniendo que era una cuestión política que estaba más allá del mandato de la iglesia. Algunos argumentaban que ocuparse de estas cuestiones políticas, podría derivar en divisiones internas de la iglesia, como si eso fuera un pecado mayor a la división que el apartheid había causado en la sociedad sudafricana.

Es claro que la doctrina de los dos reinos no anticipa un alejamiento del mundo. En cambio insta a la iglesia a discernir las bases de su mandato público. Hoy la iglesia no acumula poder político y económico—por lo menos en la mayoría de los lugares del mundo. Por lo que el asunto no es tanto advertir a la iglesia sobre el riesgo de cambiar el «poder de la espada», sino el riesgo de quedar fuera del mundo por limitarse solo a los temas espirituales.

Lutero no interpretó el «poder de la Palabra» como un retiro del mundo. Al contrario. Lo entendió como una palabra pública. Según Lutero, el púlpito era un lugar desde donde se podía llegar a toda la comunidad y no solo al círculo interno de creyentes. Además sus palabras se divulgaron por toda Europa, gracias a los métodos de impresión que recientemente se habían creado. Podemos ver que las preocupaciones de Lutero en sus prédicas y escritos, no se limitaban a asuntos espirituales. Muchas veces estaban relacionados a la política y la economía. El defendía la creación de escuelas para todos los niños y las niñas, servicios para los pobres y desamparados y cuestionaba enfáticamente la práctica de la usura, declarándola inmoral.

Cuando hoy leemos sus textos, su habilidad para interpretar las señales de los tiempos nos impresiona, especialmente su coraje para enfrentar temas públicos, aunque debamos admitir que algunos de sus escritos fueron inapropiados, es decir, sus declaraciones sobre los judíos y su llamado a detener a los granjeros rebeldes.

El tercer punto que llama nuestra atención, es el hecho de que Lutero confiaba en el poder de la palabra. Esto se relaciona con su interpretación teológica del Evangelio como palabra viva (*vox viva evangelii*) y la iglesia como una realidad creada por la palabra (*creatura verbi*). Dios creado por las palabras, «Pues él habló, y todo fue hecho; él ordenó, y todo quedó firme.» (Sal 33:9). De la misma manera, la Palabra tiene el poder de crear lo que menciona. Ese poder no depende de una posición política o del uso de las armas para ser efectivo. Sin embargo, el poder de la palabra es fuertemente resistido por los «poderes y autoridades», una expresión que no solo se refiere a los gobernantes del mundo, sino al poder del mal, que de acuerdo al apóstol, fue vencido «en la cruz» (Col 2:15).

Lutero creía que Dios había llamado a la iglesia a ser la «palabra viva» en el mundo. Por un lado, la proclamación de la Palabra concibe la fe al cuidado de Dios y la misericordia en nuestra vida diaria, y pone su confianza en el señorío de Dios y Su providencia en lo que nos pase, como individuos y como sociedad. Por otro lado, nos pide que seamos mayordomos de los dones que Dios nos ha dado, como ciudadanos y ciudadanas responsables, cuidando el bienestar de nuestros semejantes.

En adelante, debemos prestar más atención a la manera de ser «una palabra viva» en el mundo. La primera perspectiva será individual, cómo cada cristiano/a es llamado/a a servir a Dios y a su prójimo. Esto ha sido enseñado muchas veces como la ética luterana de la vocación y es actualmente interpretado como un llamado a una ciudadanía comprometida. La siguiente perspectiva, entiende a la iglesia como un cuerpo colectivo—especialmente como comunidad local—para que asuma sus roles en el área pública. La diaconía debe ser presentada como una tarea fundamental dentro de este mandato de ser una iglesia pública, con un enfoque centrado en las acciones de defensa de causas. Finalmente, debemos reflexionar sobre el nuevo y desafiante rol de la iglesia como santuario en el actual mundo post-moderno, con raíces que nacen en los primeros siglos de la vida cristiana y el servicio público.

LA VOCACIÓN DE VIVIR UNA CIUDADANÍA COMPROMETIDA

El llamado a ser «palabra viva» es una exhortación a una ciudadanía comprometida. Lutero cambió radicalmente la comprensión de la vocación

cristiana, desplazando el eje desde la vida interna de la iglesia hacia el servicio en el mundo, siendo ciudadanos/as cristianos/as que aman y cuidan a su prójimo. Lutero cuestionó las órdenes religiosas de su tiempo y la idealización de la vocación monacal que se habían distanciado de la vida normal, recluyéndose en un monasterio, abocados a las prácticas religiosas. De su propia experiencia, Lutero reconocía que esa interpretación de la vocación podía ser egocéntrica. Pero aún más importante, ignoraba el llamado a servir al prójimo.

Lutero entendía la vocación cristiana desde la perspectiva de ser uno en Cristo y de las dos direcciones que esta relación conlleva. Primero, en relación a Dios, es en Cristo que somos salvados del poder del pecado y la muerte. Por la gracia de Dios somos libres, así como de la ley y del temor de que Dios nos rechace y nos excluya de Su amor y cuidado. Se trata de una de las dimensiones de estar en Cristo: nuestra relación como hijos e hijas de Dios, disfrutando junto a Cristo del libre acceso a nuestro Padre celestial. Sin embargo hay otra dimensión de estar en Cristo: así como Cristo fue enviado al mundo, nosotros somos enviados a nuestro prójimo. *Es este el mensaje central en uno de los escritos más importantes de Lutero «La libertad cristiana, 1520» con su conocida declaración: «El Cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos»¹*

En este entendido, es fundamental la relación simultánea con Dios y nuestro prójimo, así como la comprensión de las enseñanzas de Jesús sobre el mandamiento de amar a Dios y a nuestro prójimo. Para Lutero era evidente que desde nuestras propias fuerzas, no éramos capaces de amar a Dios ni a nuestro prójimo. Pero es en Cristo y con el poder del Espíritu de Dios que no solo es posible sino que es lo que nos identifica como cristianos. Lutero resume sus reflexiones sobre la libertad cristiana de la siguiente manera:

Se deduce de todo lo dicho, que el cristiano no vive en sí mismo, sino en Cristo y el prójimo; en Cristo por la fe, en el prójimo por el amor. Por la fe sale el cristiano de sí mismo y va a Dios, de Dios descende el cristiano al prójimo por el amor. Pero siempre permanece en Dios y en el amor divino [...].²

La opinión que Lutero tenía sobre cómo ser un ciudadano, estaba de acuerdo a cómo la sociedad se entendía en ese momento. Implicaba que todo ciudadano debía ser fiel a su rol social como granjero, sastre o comerciante, sin querer cambiar la estructura social. Si Lutero hubiera hablado sobre una

¹ Obras de Martín Lutero. Tomo I. “La Libertad Cristiana” 1520 Editorial Paidós. Buenos Aires. 1967, 137s.

² *Ibíd.*